

UN MEDICO INOLVIDABLE

FRANCISCO G. MIRANDA

Médico Nicaragüense

Profesional médico de grandes ejecutorias que recorrió su órbita de actividades fructíferas en un período de cincuenta años dedicado, en cuerpo y alma, a sembrar el bien y a llevar consuelo y alivio a los que sufren.

Merecedor de un homenaje póstumo que encarnara el reconocimiento de todo un pueblo que supo de las bondades de su compasivo corazón; de su sabiduría como conocedor de las enfermedades que afligen a la humanidad que él ponía al servicio de sus clientes, de los que acudían a su dispensario en busca de salud.

De 21 años fue enviado a los Estados Unidos, a estudiar medicina en la Universidad de Philadelphia, habiendo obtenido su Diploma en 1872.

A su regreso se estableció en San Juan del Norte, ejerciendo su profesión. En esa época, era un puerto muy floreciente, con residencia de muchas familias inglesas, americanas y de otras nacionalidades.

La personalidad del Dr. Urtecho, su figura apostólica, su suavidad de trato, la posición que llegó a ocupar debido a sus propios méritos, circundó su figura, a través de su alma diáfana, de una especie de aureola misteriosa de la que ni él mismo se daba cuenta natural como era para todas sus cosas.

Ese altruismo, su bondadosa expresión, su simpatía atrayente, enfocaron, sobre su persona un algo extraordinario, que para un hombre público que quisiera hacerse de popularidad sería mucho, y para un profesional modesto como él aparentemente poco, porque acumulándose callada y humildemente dentro de sí mismo, ni la hacía ostensible, ni se envanecía de ella.

De ahí que, después de muchos años de ausencia física, todavía se añora entre la pobreza de Granada, y de las comarcas circunvecinas, aquella mano amiga y caritativa que levantó de sus lechos a muchos enfermos indigentes y enjugó muchas lágrimas de angustia y de dolor. Al rico, al pobre, al menesteroso y desvalido, a todos miraba por igual, y el poder magnético de su personalidad (de que era inconsciente) ejercía mayor influencia que los compuestos farmacológicos que recetaba. Muchos casos dejados de la mano de la ciencia y que sólo se solucionaban definitivamente con un poco de espera, volvían de su consultorio con una esperanza de alivio y con una sensación de mejoría. Una vez que fue llamado a ver a una jovencita que a causa de una fiebre palúdica continua había quedado muy débil y anémica se concretó a dar un consejo verbal, diciendo: "denle caldo a esta enferma", significando con ésto que lo que le hacía falta a esta niña era alimentarla bien y nutrirla. Y en efecto, pocas semanas después estaba buena, robusta y rosada. Física-mente el Dr. Urtecho era de complexión sanguínea, tenía mirada penetrante, presencia austera, porte caballeresco, usaba barba medianamente larga, era parco en el hablar y sentencioso en el decir, pero sin comando alguno; no fue ostentoso, ni mostró signos de superioridad.

Fue más que un alópata un naturista. Dejaba obrar, a puertas abiertas, las defensas naturales orgánicas: el aire, el sol, el agua, la ventilación, el reposo y los cuidados dietéticos le servían, en primer término para sortear, con buenos resultados, las dolencias triviales y funcionales; y sin engolfarse en los caminos desconocidos de las avitaminosis, toxinas de origen microbianos, cuerpos y anticuerpos y otras tantas teorías que confunden y complican el esclarecimiento de muchos morbos humanos, él, sin pretensiones de sabio, sin eufemismos exóticos y con una natural comprensión que rayaba en intuición, casi siempre sus diagnósticos eran acertados y sus tratamientos eficaces.

Al verlo recorrer el ciclo de sus llamadas profesionales, o cuando yo solía entrar en su consultorio, en donde su sala de espera se mantenía con bancos escasamente desocupados, me venía a la mente la imagen histórica de aquel célebre Paracelso quien, sin hacer alarde de sabiduría altisonante y sin desechar los medios físicos a su alcance, pensaba de esta manera: "Toda salud y toda enfermedad procede de Dios, el cual suministra también el remedio. Cada enfermedad es un purgatorio, y ningún médico puede efectuar una curación hasta que termine el tiempo de ese purgatorio. Los médicos ignorantes son los diablos de ese purgatorio; pero un médico sabio es un ángel redentor y siervo de Dios. El médico es un siervo de la naturaleza y Dios es su señor. Por tanto, ningún médico efectúa jamás una curación a menos que sea la voluntad de Dios que cura al enfermo por medio de él". (Paramir).

No por ésto quiero decir que el Dr. Urtecho, fue un profesional ignato; Todo lo contrario: fue estudioso, perspicaz, observador y comprensivo. Tenía como comúnmente se dice, un ojo clínico certero y después de un examen ligero o detenido, formulaba su diagnóstico y aplicaba el remedio. En las consultas profesionales nunca disentía de sus colegas, porque era caballeroso y sincero, pero sí afirmaba cuando le parecía estar seguro de lo que él decía.

Como ciudadano civil y consagrado a los requerimientos de orden público local y de progreso local o nacional, siempre fue un espíritu generoso, desinteresado, respetuoso a la ley y al Gobierno Constituido, amante de la paz. Todo granadino recuerda que estando él de Alcalde, con motivo de una inundación que sobrevino en la parte suroeste de la ciudad a media noche, se levantó para ir en socorro de los amenazados de ser arrastrados por las corrientes impetuosas que todo lo invadían. Hasta el amanecer de ese día recorrió los barrios inundados por el agua y el lodo, cayendo enfermo a continuación por el exceso de trabajo y fatiga.

Más tarde, con motivo de una reconcentración que el Gobierno obligó a los habitantes de la Comarca de Panaloya, su casa particular fue el refugio de más de trescientas personas a quienes, gratuitamente, dio albergue, comida y ropa por muchos días.